

Demonio. Fuè tan general la conmocion de los Pueblos mas infectados, que derivandose por la voz à los Adyacentes, quando llegaron à ellos los Padres, yà los Idolatras avian quemado los Idolos en las plazas, cogiendo singulares frutos de su Mission, antes de comenzarla. No quedò mala costumbre en aquel Pais, que no quedàsse reformada, ni escandalo que no se enmendàsse, ni abuso que no se extinguiesse, ni idolatria, hechizo, y supersticion, que no se arrancàsse de raiz, ni rebellion, motin, ò tumulto, que no se fosegàsse con la presencia, industria, y predicacion de tan Venerables Missioneros. De fuerte, que muchos eran de sentir, tan llenos de admiracion, como de ternura, que con ellos iba la Poderosa Mano de Dios, para obrar continuas maravillas, al modo que Moyse, y Aaron llenaron à Egypto de prodigios, con aquella prodigiosa Vara, symbolo de la Omnipotencia Divina.

CAPITULO VIII.

Entra el V. P. Fr. Antonio à reducir los Apostatas Choles del Manchè, y à los indomitos Lacandones: Admirables progressos de esta empresa, y lo mucho que padeciò con su Compañero.

NOticiosos estos infatigables Ministros de que por este tiempo avian apostatado de la Fé los Indios Choles, y por esta causa se hallaban como ovejas errantes, y sin Pastor, por las montañas, y bosques, resolvieron ir à buscarlos, para reducirlos al gremio de nuestra Catholica Iglesia. Para este efecto, obtuvieron el beneplacito de los hijos de mi Gran Padre Santo Domingo, de cuya cuenta corria aquella conversion, y en cuya demanda avian derramado mucho sudor, y sangre, para vencer su infidelidad, y hacer frente à su protervia. En cuya consequencia prosiguieron desahogando su

zelo, internandose por las espesuras, y breñas, guiados de algunos de los Indios Fieles, con la mira de reducir à los Barbaros Cerriles, y de congregar à los dispersos apostatas. Tolerando hambres, y descomodidades, y pisando abrojos, y espinas, llegaron à avistarse con ellos; y el recibimiento que les hicieron, fuè tan ageno de la piedad, como proprio de los que entregados al través de la malicia, estaban muy empeñados en defender el libertinage que les avia sugerido el Demonio. De forma, que en varias ocasiones los desnudaron de sus Abitos, y teniendolos à un palo atados dia, y noche, descargaron repetidas lluvias de azotes sobre sus fatigados miembros. Pero como el sîncel dà lustre al oro, quando parece que lo raya, assi los enfurecidos golpes, que estos benditos Varones recibian de tan sacrilegas manos, hacian brillar mas los fondos de su charidad, para ganar aquellas almas para Dios. Por fin, yà los tenian sentenciados para ser blanco de sus penetrantes saetas en aquellos heriales, que por averles franqueado el Señor en ellos tantos azibares de Cruz, les parecian Jardines muy deliciosos. Pero como la Magestad Divina los tenia reservados para otros altos progressos de su Sabia Providencia, infundiò otros intentos en aquellos corazones indomitos. Despues de quedar muy acrecentado el merito de los Venerables Conquistadores, con su victoriosa tolerancia. Libres, pues, de tan funesta opression, y fecundada con dilatados riegos de christiana doctrina aquella Region apostata, quedaron sus moradores desprendidos de las uñas del Demonio, y tan afectos à los catholicos cultos, como si fueran Christianos viejos. Quedò tan vencida la brutalidad de los bozales, y tan corregida la apostasia de los fugitivos, que no se necesitaba de armas para transitar la tierra, sino de reas para trabajarla. Reduxeronlos à ocho Poblaciones, y en cada una fabricaron una Iglesia, para que mejor se conservàsse entre las parcialidades la deseada concordia. Y mirando à este Pais como corta esfera de sus abrazados anhelos, dieron los correspondientes avisos

fos á los Doctrineros de su encargo, agradeciendoles la continua charidad con que les socorrieron su necesidad, y penuria; y á instancias del Alcalde Mayor de la Ciudad de Cobàn, y de los Ministros Eclesiasticos de la Vera Paz, se encaminaron para la basta, y feroz Nacion de los Lacandones.

Estaba calificada esta Nacion por todos quantos tenian noticia de ella, no solo de infiel, é idolatra, sino de belicosa, y rebelde. Desde los principios de la Conquista de este nuevo Mundo, yá avian procurado nuestros Españoles sujetarla á la Real Corona, y reducirla á la Ley Divina; pero siempre se mostrò tan constante en su ferocidad, como inflexible en su protervia. Por los años de mil quinientos cincuenta y dos, fueron tales las hostilidades, é insultos, que executaron estos Barbaros en los Catholicos confinantes Pueblos de la Provincia de Chiapa, que quitaron la vida á varios, y á muchos se los llevaron cautivos, practicando con unos, y otros assombrosa crueldad, y sevicia. Cogian los niños de los Christianos, y los sacrificaban sobre los Altares de los Templos, y sacandoles el corazon al pie de las Sagradas Cruces, con su sangre ungian, y salpicaban con execrable irreverencia las Soberanas Imagenes. En algunas Poblaciones pegaron faego á las Iglesias, y casas, y haciendo irrision, y barla del Poder Divino, decian con desprecio, y mofa: *Christianos, decid á vuestro Dios que os defienda.* En una entrada, que de Orden Real hicieron nuestros Soldados, para sujetarlos, cautivaron á un Negrito del Maestro de Campo, y á vista de los Españoles, le sacaron vivo el corazon, y lo sacrificaron al Sol, teniendo este vano sacrificio por presagio cierto de la seguridad de su victoria, y su triunfo. En fin, era Gente tan barbara, y tan soez, que mas que vivientes racionales, producía monstruos sangrientos, tan inhumanos, y tan crueles, que se sustentaban de carne humana; y por lo mismo eran el horror, y assombro de los circunvecinos Países.

A estas, pues, tierras indomitas, y tan temidas, que años

años antes ávian quitado la vida con crueldad á los famosos, y Venerables Dominicanos Fr. Domingo de Vico, y Fr. Andrés Lopez, que como Apostoles de aquella Provincia, entraron á anunciarles el Evangelio, se encaminaron nuestros Venerables Melchor, y Antonio, entregandose á tan evidentes peligros, y mortales riesgos, para desterrar las densas, y diabolicas tinieblas de aquel obscuro, y confuso Egypto. Sallieron con ellos desde Cobàn nueve Indios mansos para servirles de guia; pero estos, arrepentidos de su primera resolucion por su nativa inconstancia, ó aremorizados de la fiereza de los Gentiles, en cuya busca iban los Padres, los traxeron seis meses, haciendo circulos penosos por los margenes de los Rios, fingiendo, que no acertaban el camino de el Lacandon. Toda su provision, y bastimento se reducía á un poco de maiz cocido; y faltandoles en breve este corto alivio, huvieron de echar mano de los palmitos, y pacáyas, que eran el unico fruto agreste, que daba aquel inculto terreno, para enganar las quejas del apetito, siendo su mayor regalo tal qual Pez, que en alguna ocasion pudieron sacar de las aguas, las acobardadas guias. Varias veces se vieron en gravissima necesidad, y valiendose de ella los conductores, pretextaban, que iban á buscar socorro á los Pueblos mas inmediatos, y procuraban hacer infructuosa su vuelta: Para que cansados los Padres de tan prolixa hambre, y de tan penoso viage, desistiesen de su empresa, y se bolviessen á tierra de Christianos.

Llegaron á verse tan exhaustos, y macilentos, por falta de viveres, que apenas podian yá dár passo; y huvieran perecido á manos de la necesidad, si no huviera dispuesto la Divina Providencia, que en el mayor de sus aprietos acertasse á passar por el Rio un Indio Christiano en una Canóa, con el qual remitian los Padres Doctrineros las Hostias á los Peregrinos, y les franqueò una escasa porcion de maiz, con que pudieron reforzarse. Con esta oportunidad, y con la luz que les diò este buen Indio, fueron de parecer, que el P. Fr. Antonio pasaf.

pasasse en la Canóa á una milperia de uno de los Caziques de Cobán, para solicitar algun alivio. Halló buena acogida en su casa, y certificado por su dueño del engaño de los pusilánimes conductores, consiguió otros ocho Indios de aquella Ranchería, mas fieles, y mas animosos, para continuar su derrota. Fueronse para el sitio en donde avia quedado el P. Fr. Melchor, y con nuevas guías, y algun bastimento, se internaron por aquellas poco traginadas malezas, transitando cuestras asperas, y precipitadas laderas, hasta llegar al primer Pueblo de los fieros Lacandones.

Entraronse por su Plaza, siendo como las nueve de la mañana, por el Febrero del año de noventa y quatro, á tiempo que se hallaban tan descuidados aquellos Barbaros, que al instante mismo que divisaron Gente tan estraña en sus paramos, quedaron despavoridos, y atonitos. Por manera, que siendo como ciento y cinco las familias, que allí avia congregadas, todos se dieron sin dilación á la fuga, á excepcion de algunas mugeres ancianas, que no acertando á seguir á los fugitivos, por menos vigorosas, ó por mas preocupadas de el affombro, daban mugidos como Toros: Temiendo, que de retaguardia venía golpe de Españoles, para aprisionarlos, ó para quitarles la vida. Pero aviendose recobrado en breve de este susto, y reconociendo, que su rezelo solo avia sido imaginado, acometieron de tropel, dando su affombroso alarido, fulminando venganzas con las armas en las manos, dando de golpes á los Indios Fieles, y de empellones á los benditos Ministros. Y no contentos con averseles abalanzado con tan descortès audacia, les daban repetidos repujones, tirando con tal fuerza de sus Santos Abitos, que los rompieron por diferentes partes.

A este tiempo, otros, que á primera instancia echaron mano del pobre fardo en que llevaban los Sagrados Ornamentos, por reconocer si traían armas, dieron el aviso de que no encontraban insignia alguna de guerra. Y dandoles juntamen-

te

te los Missioneros algunas señales de paz con ademanes cariñosos, se interpusieron algunos de los Caziques, para que cessasse la fiereza de la Plebe, y foffegar el tumulto. Con esto, les restituyeron los Ornamentos, bolviendo tambien á los Indios Fieles los pobres trasteillos que les avian quitado. Los quales, poseidos del temor, y de la cobardia, que les infundió tan maltrato, y desabrido recibimiento, no hacian poco en darles á entender con algunas palabras que entendian de el Idioma, que los dos Padres eran Sacerdotes de los Christianos, y que iban á persuadirles que hiciesen pazes con Dios, con el Rey de España, y con los Indios de Cobán sus enemigos. Pacificaronse algo con estas mansas, y humildes demostraciones, y en señal de que yá se les avia quitado el enojo, les dieron de comer á su uso, y una vivienda para Hospicio. Al punto erigieron Altar en ella los dos valerosos Apostolicos, para celebrar el adorable Sacrificio de la Miffa, y comenzar á poner en forma la conversion de aquellas racionales fieras.

Pero como en aquellos cerriles pechos competia lo voluble con lo indomito, brevemente los bolvió á precipitar la ira, y haciendo recuerdo de que avian llegado al parage tan silenciosos, y sin averles dado antes aviso, resolvieron, que fuessen víctima de su colera, y que acabassen ambos la vida al impulso de su furia. En cuyo convenido supuesto, comenzaron á celebrar el dia de su crueldad, y destrozo, con festivos gestos, danzas ridiculas, y funestos murmullos, como si fueran descendientes de la Saltatriz Herodias, que con un bayle previno la muerte del Innocente Bautista. Reputados yá por blanco de su sevicia, y pasto de su voracidad humana, los tuvieron aprisionados por cinco dias, en que con solo el cachillo de la hambre huvieran sido cadaberes, si una piadosa India Gentil, no les huviera suministrado algunos disimulados socorros. Ponianles las manos sobre el corazon, por ver si les palpitaba; siendo como maxima de su gentilica estupidez, hacer en los

H

cau-

cautivos anatomia del temor, para cortarles las gargantas en quanto les ocupasse el miedo. Tocabañte los pies al esforzado Fr. Antonio, que aunque flaco, y extenuado, por sus continuos ayunos, y trabajosas tareas, tenia mas salud, y mas robustez, que su Compañero. Y aludiendo al intento de que fuesse plato de su brutal aperito, se decian unos á otros: *Este bueno*. Temaban los del penitente Fr. Melchor, que por sus achaques, y austeridad, estaba tan flaco, y llagado, que parecia un esqueleto. Y con ademanes de que seria vianda despreciable, y desabrida, proseguian diciendo, en tono como de asco: *Este podrido*. Difculta aqui la reflexion mas animosa, si avria de menester todos los ahientos de la gracia, para no dar lugar al desmayo, y perdida de los sentidos, escuchando voces de tanto asombro, y razones de tanto pavor. Pero como al que solo teme á Dios, no lo azora ningun peligro, permanecieron en medio de tan conocido riesgo con los animos sossegados, y con los corazones pacificos, como indice de la quietud interior de el alma, que les dictaba la conciencia, y del gozo con que miraban tan proximos los deseados laureles.

Viendo los feroces Idolatras, que los dos valerosos Sacerdotes permanecian inalterables en su constancia, con el semblante alegre, sin muestras de paslanimidad, y sin señas del mas minimo suspiro, les pusieron delante unos Idolos, proponiendoles por indispensable disyuncto, ò que tributassen culto á sus Dioses, ò que al instante pagarian su renuencia atravesandolos con sus penetrantes cuchillos, ò cortandoles las cabezas cõ sus afilados altanges. No pudieron oir los zelosissimos Misioneros tan necio barbarismo, sin descubrir el encendido volcan del zelo de la honra de Dios, que ocultaban sus corazones. Y convertidos en un animado Vesubio, brotando fervorosas voces por llamas, asearon su dementada propuesta, reprehendiendo con santa aspereza sus diabolicas adoraciones, y Ritos, con que se hacian reos de la Justicia Divina, y quedaban des-

tinados

tinados perpetuamente, como despojos de la venganza del Cielo, para la region Infernal de la miseria, y del llanto. Bien pudieran crer estos Venerables Ministros, que con tan evidentes desprecios de aquellas mentirosas Deidades, ya avia llegado la hora de su deseada palma, no cessando de predicar contra sus errores con tal eficacia, y espiritu, que sus palabras, mas parecian rayos que los aturdian, que voces que se escuchaban.

Pero quedandose los oyentes como adormecidos, y con los animos trastornados, acordó uno de los mas autorizados Caziques quitar los Idolos de su presencia, y proponerles para hacer experiencia de la verdad de lo que les decian, que se quedasse uno de los dos Padres en su territorio por prenda, y que el otro fuesse con algunos Lacandones á Coban. Y que si los Christianos los recibian bien, era señal de que avian entrado allí de paz, movidos de la salvacion de sus almas; pero que si los recibian mal, quedarian desengañados de que todo era ficcion. Admitieron los Siervos de Dios el partido, y se convinieron en que el P. Fr. Antonio partiese con doce de aquellos Gentiles, para la expresada Ciudad. Llegaron á ella con la dicha Comitiva, á los quince dias de camino, siendo recibido de todos con particular admiracion, y singular regocijo de verle vivo, entre una Gente tan cruel, y montaraz, que era el horror de los peñascos, y el asumpto de las selvas. Desde el punto que aquellos Catholicos Ciudadanos fueron informados por el V. P. de las esperanzas que prometia su viage, vistieron, y regalaron á los Gentiles, mostrandoles gran cariño, y mucha paz, como prosperas premisas de la deseada reduccion, assi de ellos, como de los que avian quedado en el Monte.

Pero como en los investigables juicios de Dios, y en sus inapeables secretos, la ciencia unica es no saber, y la agudeza de la vista es no mirar, no me detendré aqui en el azar impensado de que enfermándose los expresados Indios tal vez

H 2

por

por la notabilissima diversidad de pãsto, y temperamentos, en pocos dias murieron diez de ellos, de los quales, ocho recibieron el Santo Bautismo: Y à los que fallecieron antes de emprender el P. Antonio la buelta para el Lacandon, se les dió sepultura honrosa en Cobàn: Quedando los demás enterrados en el camino. Con este tan funesto acãso, adelantaron el passo los dos que quedaron vivos, para dár aviso à los suyos. Llegaron, antes que el Siervo de Dios, con estas tragicas nuevas, y al punto levantaron la voz los Parientes, y Compatriotas para el llanto, y algarabía, con tan descompasados estremos, que hubo el P. Fr. Melchor de irse à la plaza con el fin de persuadirles, por lenitivo de su pena, la certidumbre de morir, diciendoles, que aquellos avian muerto porque avia llegado su hora, como moririan tambien todos los que quedaban vivos, quando llegasse la suya. Mas viendo que en vez de aquietarse con su Sermón, hacian ludibrio, y farsa de sus palabras, gritando con mas sentida amargura, refrescando la memoria del fracaso, y pidiendo auxilio à sus Idolos, mudó de estilo el Predicador, reprehendiendoles las luminarias, y fiesta, que en medio de su dolor, hacian à los falsos Simulacros, amenazandolos con fuego del Cielo, con que irritado el verdadero Dios, abrasaria entre voraces llamas al Pueblo. Al oír estas razones, creció la mofa, y desprecio de aquellos obstinados Idolatras, y tomando un Viejo en su mano un tizon, se lo daba al bendito Missionero, diciendole con irritado desman, que pegara fuego à las chozas. Por manera, que al ver el Venerable Anciano tanta irrision, y dureza, tuvo por bien retirarse à su posada, en donde tenia el Altar, y tan lastimado su corazon, como humedecidos sus ojos de intrepidez tan gentil.

Mas como el Soberano Señor es el que de continuo vela, para que su Divina Palabra sea eficaz, y poderosa en boca de sus Ministros, obrando repetidas maravillas, quando conviene, para confirmar su verdad, lo mismo fue entrar la

noche, que sobrevien sobre el Pueblo un furioso torbellino de llamas, que encendió el aliento de la Omnipotencia, con que quedó reducido todo à pavesas, à excepcion de la Casa en que se hallaba el Profetico Sacerdote, y otras diez de las mas contiguas, convirtiendose de improviso su burla, y embravecido desazato, en sentimientos lugubres, y alaridos tristes. Pero agitada su bravura necia con la ira que les ocasionò el incendio, y aumentada su colerica turbacion con la noticia de las muertes de los que avian ido à Cobàn, resolvieron salir al encuentro al V. P. Margil, para impedirle el passo, recibiendo de su tornabuelta, como irritadas abispas. Pusieronse por delante, dando de gritos, con semblantes sañudos, y enfurecidos, pintados los rostros con denegridos tintes, empuñando las armas con ademanes belicosos, cominandole una muerte atroz, si proseguia dando un passo en demanda de su designio. No contentos con horrorizarlo de muchos modos, forcejaban para que retrocediese, y para ello le fingieron, que yà avian muerto à su Compañero, y que yà quedaba sepultado. Robaronle las hachas, cuchillos, aperos, y mercerías, que llevaban los Indios amigos para los Caziques, diciendole repetidas veces, que se fuesse, pues no lo querian en su tierra, ni tampoco al Dios que ambos les avian predicado, puesto que era tan bravo, que no solo mataba la Gente, sino que abrasaba las casas.

No por esto se acobardó el invencible animo de este nuevo Apostol, que dia, y noche suspiraba por la reduccion de aquellos Gentiles, aunque fuesse à costa del mas horroroso martyrio. Procurò sossegar en parte sus barbaras resoluciones, y prosiguió su viage con los Indios mansos en busca de su Compañero, para conferir con él lo sucedido, y discurrir los expedientes mas factibles, en caso de hallarlo vivo, ó trasladar su cuerpo à tierras de Christianos, en la suposicion de que fuesse muerto. Encontróse con él à poca distancia, siendo tanto mayor el gozo de tan deseado hallazgo, quanta avia sido

fido la pena que preocupó su corazón, con la falsa noticia de su muerte. Confabularon recíprocamente sus respectivos sucesos, formaron Altar en aquel desierto, celebraron el Santo Sacrificio de la Misa, dieron al Señor repetidas gracias de todo, pidieron à su Magestad esfuerzo para continuar sus intentos, y se entraron otra vez en el Pueblo predicando la Fè de Christo con intrepidez Apostolica. Mas viendo que los repelían con mayor violencia que antes, y que sus corazones eran irreducibles, y tan difíciles, como pedernales, de doblarse à la docilidad, y razon, determinaron darles por entonces las espaldas, mientras el Divino Señor disponía aquel bosque infructuoso con el suave rocío de sus piedades inmensas, para que no fuesen infecundas las lagrimas de estos fervorosos Apostoles, y diese el correspondiente fruto à sus laboriosos desvelos.

CAPITULO IX.

Buelve el V. P. Antonio con su Compañero à Guatemala, para informar à la Real Audiencia los arbitrios de esta Conquista. Acompaña al Presidente con su Exército en su entrada al Lacandon. Y se dà razon de los millares de almas, que hasta entonces se convirtieron, por la predicacion de estos dos insignífimos Missioneros.

LA experiencia que adquirieron los VV. PP. Melchor, y Antonio, de que sus piadosas porfias quedaban infructuosas, les obligó à retirarse de aquel ingrato terreno, y à salirse de aquellos espinosos selvages, por las mismas veredas por donde avian entrado. Y reconociendo que la poderosa mano de Dios avia sujetado con oculta fuerza à los

Lacandones, para que no les huviesen quitado repetidas veces la vida, se empeñaron en corresponderle al Señor este cuidado, dando instrucciones à la Real Audiencia de Guatemala, facilitando la Conquista de aquellos rebeldes Barbaros. Llegaron à la Vera-Paz continuando su derrota, y en un Pueblo de Indios Choles, de los que à su solicitud avian bajado de la Montaña, se encontraron, para lenitivo de sus trabajos, con quatro famosos Missioneros, que les embiaba el Prelado de este Colegio, con el fin de que la ereccion de Hospicio, y Seminario, que deseaba aquella Ciudad, y Reyno, se pudiese en el mas possible corriente, y quedassen proveidos de Ministros los parages, que ambos avian catequizado. Fueron estos los VV. PP. Fr. Francisco de San Joseph, y Fr. Pablo de Rebollida, con el exemplar Anciano el P. Fr. Antonio Perera, y el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Pedro de la Concepcion, y Urtiaga, que despues de averse ocupado muchos años en el Ministerio Apostolico con infatigable espíritu, murió gobernando la Mitra de Puerto Rico, siendo immortal en la fama de sus religiosos exemplos.

Celebraron su llegada con aquellas demostraciones de gozo, en que los hacia prorrumpir el práctico conocimiento de lo mucho que con su ayuda se dilataria la Fè en la basta Gentilidad de aquel Reyno. Y correspondiendo los recién llegados Ministros con igual contento, y gusto, se daban unos à otros los placemes, por averles elegido la Divina Providencia para tan laudable Ministerio. Desde luego repararon los nuevos Missioneros, que los Abitos de los Padres Melchor, y Antonio, estaban tan cargados de remiendos, que apenas se distinguia su primera xerga; pues sin aver usado jamás de remada alguna, yà se avian servido de ellos por mas de catorce años. Con cuyo motivo, tan acreedor à la admiracion, como al exemplo, les rogaron que admitiessen un Abito, que llevaba para sí el V. Fr. Francisco de S. Joseph, y sirvió para el V. Fr. Melchor; y otro de un Hermano Donado, con una